

El informe

7

Ella ordenó los cabellos en un moño y los dedos delgados apretaron la peineta para sostenerlo. Se miró al espejo; su tristeza estaba ahí en la superficie lisa. Luego caminó hacia una mesita donde habían libros ordenados y acabados de limpiar y la fotografía de un muchacho colocando un disco junto a una consola. En la parte inferior en letras negras se leía: "Radio Nacional de Huanuni, agosto de 1979". Levantó la fotografía en silencio. La habitación era pequeña, limpia. La cama ordenada, algunos cuadros en la pared, el diploma del colegio, la foto de una colegiala sonriendo. Se cumplía el cuarto mes de una búsqueda inútil. Cuatro meses de vivir en una ciudad extraña con la soledad en cada segundo. Ahora volvía a llorar por el hijo desaparecido. El rostro con tumores sanguíneos, limitado por la ventanilla de la celda, era la última imagen que tenía de él. Con una voz débil le pedía que no se preocupara. No pudo saber más por la torpe actitud de los agentes que lo sacaron a empujones amenazándola con arrestarla a ella también. Las imágenes que iba reconstruyendo se interrumpieron ante la presencia de la vecina con una niña en brazos. -Pobre, la niña se le muere -pensó-, y la vio perderse en la callejuela empedrada en el momento en que una música estridente irrumpía en la radio. Era esa música que le hacía saltar el corazón de angustia y que la radio emitía cada vez que se daba lectura a una noticia de "último momento". -Algo pasó ¡Dios mío! ¿qué será ahora? -dijo-, y la voz del locutor le llegaba paralizándola. Corrió a coger un chal y salió con toda la prisa que podía. En la calle más amplia y adoquinada, encontró a la mujer con la niña en brazos. -¡Mataron al Periodista! -gritó al pasar. ¡Lo torturaron y lo mataron!

Por el espacio rectangular que dejaba la tablilla de la persiana, Dany tuvo tiempo de ver a los agentes descendiendo rápidamente del automóvil del Coronel. Bajó la tablilla y por eso no vio a éste con el uniforme de campaña. De haberlo hecho, quizás habría adoptado sus propias medidas. Se recargó sobre la pared fría. Estaba sola en la antesala de la planta alta donde no había más que un asiento largo, una mesa y una silla en un ángulo. Ni la secretaria que minutos antes se había levantado de hombros, cuando preguntó por el Coronel, estaba allí. En la planta baja una puerta se abrió y cerró con violencia, el tiempo suficiente para dejar escuchar la voz de alguien que gritaba; ¡era la voz del Coronel! No entendía lo que estaba pasando. Volvió a caminar por la antesala. Su vida no había tenido nada de importante hasta ahora. Se conformaba con ganar el sustento en el gimnasio, ir al cine Murillo para ver las películas de "El Santo" y pagar el alquiler de una habitación mezquina. Nadie salía de su habitación sin sentir cierta repugnancia. Las paredes estaban cubiertas de recortes de periódicos deportivos y de fotos de mujeres desnudas copulando en todas las poses. Revistas pornográficas y de Walt Disney se mezclaban sobre un viejo mueble. Todo era insignificante hasta que conoció al Coronel y se sumó al grupo de guardaespaldas. El oficio le gustaba cada vez más. Era el guardaespaldas del hombre más importante del Ministerio de Interior, juramentado para defender a la patria del extremismo.

El teléfono sonó. Kiss giró sobre su asiento. Llevó el auricular al oído sin quitar la vista del televisor. Esperó varios segundos y luego dijo un "hola" prolongando la a; "holaaa..." La voz al otro lado de la línea sonó displicente. El camarógrafo en el televisor hacía un "traveling" mostrando el cuerpo desnudo y torturado del Periodista. A esa hora, las diez y treinta de la mañana, el país se estremecía. Kiss desfiló los dientes, algunos con cintas de oro, mientras inclinaba la cabeza sobre el hombro izquierdo manteniendo el auricular entre el hombre y la oreja, de manera que sus manos quedaban libres para frotar el

pie derecho descalzo. -Sí, lo estoy viendo, mira qué coincidencia -dijo con cinismo y colgó.

¡Malditos! ¡Mil veces malditos! -se repetía. No podía creer semejante desgracia. Esa muerte tan brutal. ¡Por qué! ¡Por qué! ¡por qué! Salió por la puerta lateral de la Universidad, cruzó la Plaza del Estudiante. Corrió entre el gentío que se agrupaba en las esquinas, entre el ruido de la ciudad extrañamente convulsionada por el asesinato, entre el rumor de un nuevo golpe militar. El sol era blanco. Llegó hasta San Pedro e ingresó en una vieja casa. Dos niñas que tenían

ropa se detuvieron al verlo. Levantó la mano en señal de saludo y siguió por el zaguán a un segundo patio, vacío. Buscó a su mujer y a sus hijos. Tomó la dirección de la habitación y le pareció escuchar un bisbeo en el interior. Empujó la puerta y se dio con la cara de un agente que lo levantó de las solapas introduciéndolo, mientras dos le propinaban golpes en todo el cuerpo.

Dany volvió a escuchar las voces que venían de la planta baja. Ellos estaban en la sala de conferencias con el interior. Era posible que el Coronel hablara a larga distancia ¿dando instrucciones?. Sacó la libretita y leyó el número telefónico que le permitía tomar contacto con el grupo a su mando, aunque él conocía de memoria ese número, lo leyó porque sí. Al fondo un hombre calvo apareció ganando escaleras. Ingresó en la primera oficina y salió casi inmediatamente con diarios en la mano. ¿Estaban chequeando las noticias de la prensa? Protestó y luego se dirigió al pasillo. Vio a la izquierda la hilera de puertas cerradas, a la derecha los ventanales que permitían ver parte de los techos vecinos. Las voces volvieron a resonar. El Coronel había ordenado que aguardara en su despacho, ¿hasta cuándo? Metió las manos en los bolsillos de la chamarra de cuero negro que iba bien con el

"jean" azul desgastado. Hizo una flexión y al incorporarse, se pasó la mano por la cara. Varias puertas se abrieron en la planta baja. Corrió a la antesala. Sus ojos tropezaron con las tablillas de la persiana. Vio al Coronel con su cara aovada de niño tonto, las cejas espesas y oblicuas sobre los ojos pequeños. Kiss estaba allí palmoteándole. Se aturdió. ¿Y el informe? -pensó automáticamente. ¿No estaba el Coronel ansioso por conocer detalles de la operación? En la entrada para vehículos una mujer con chal suplicaba a un agente mientras un jeep ingresaba para dejar a varias personas detenidas. El Coronel se zambulló en el interior de su automóvil y partió. -Mierda, hijo de puta-dijo para sí. Metió las manos en los bolsillos de la chamarra enfilando hacia la salida, iba preocupado. En el pasillo de la planta baja logró ver, de espaldas, a tres esbirros del Coronel rumbo a las celdas. El esbirro del centro cargaba su metralleta.



MAMERTO SOLANAS.